

D. Bermudo Meléndez: Una semblanza desde dentro

Guillermo MELÉNDEZ¹

Mis primeros recuerdos de D. Bermudo Meléndez datan de hace ya bastantes años. Quizás deba empezar diciendo que nació en Palencia el 21 de Enero de 1912, hijo mayor de un Ingeniero técnico de Obras Públicas que por aquel entonces dirigía la realización de las obras de las carreteras de esa parte de Castilla, y que su familia se instaló sin embargo muy pronto en Madrid, hacia 1924, tras un periplo de varios años por Avila y por Santander. Que cursó los estudios secundarios en el Colegio del Pilar en Madrid, colegio con el que mantuvo ya desde entonces una ininterrumpida relación. Que comenzó unos estudios de Ingeniería en los últimos años de la Dictadura de Primo de Rivera y al comienzo de la segunda República, cursando varios años a instancias de su padre y que luego había hecho, terminándola en menos de cuatro años, la carrera de Ciencias Naturales en la Universidad Complutense, verdadera vocación en la que ya siempre destacaría.

En la Universidad entraría muy pronto en contacto con quienes serían sus grandes maestros a partir de entonces: D. Salustio Alvarado y, especialmente, D. Eduardo Hernández Pacheco, figura ilustre de la Geología y la Paleontología españolas, origen también de una saga de geólogos y su predecesor en la asignatura de Paleontología. La otra figura prestigiosa en el panorama de la Geología, aunque se incorporaría más tarde a la Cátedra de Petrología, era D. Maximino San Miguel de la Cámara.

De sus tiempos de estudiante en la Universidad se saben pocas cosas, aunque fue sin duda un alumno destacado. Las anécdotas conocidas hablan de una vocación naturalista probablemente muy temprana, que habría permanecido

¹ Paleontología, Facultad de Ciencias (Dpto. Geología), Universidad de Zaragoza, 50009 Zaragoza.

latente durante los años dedicados a los estudios de Ingeniería, y de una notable facilidad para asimilar y poner en práctica cualquier aspecto relativo a las Ciencias Naturales, desde los trabajos de laboratorio de Química Analítica hasta los detalles de la Sistemática en Zoología, Botánica y Paleontología. Respecto a la primera, se sabe que mostraba una envidiable destreza en los complicados experimentos de la marcha analítica de aniones y cationes en laboratorio, y que cuando los compañeros de promoción o de cursos posteriores, a los que guió o dió clase de prácticas le interrogaban sobre esta facilidad en lo complejo él solía responder que era muy sencillo, «basta con seguir las instrucciones». Respecto a las segundas, exponentes de su auténtica vocación, es conocido cómo aprobó de un golpe la asignatura de Botánica, bestia negra de la carrera para los alumnos en general por su difícil parte de Sistemática. Un día durante una excursión en el campo, cuando el profesor de la asignatura, a la sazón D. Arturo Caballero, viendo una planta que alguien le traía para su identificación, y reconociendo el interés y la dificultad de la misma, prometió aprobar inmediatamente a quien consiguiera identificarla, y él, mirándola y sin titubear dijo: «Una Borraginacea». Aquello le valió, además del respeto de unos y otros, el aprobado en la asignatura.

Era hacia este campo donde el estudiante de licenciatura mostró siempre su mayor inclinación, las mariposas, los insectos y las plantas. Posteriormente sin embargo, al finalizar la licenciatura, se decantaría hacia la Paleontología animado por D. Eduardo Hernández Pacheco, con quien iniciaría el Doctorado y a quién se debe en parte la dedicación final hacia la Paleontología. Se sabe que fue él quien con buena visión de futuro, le aconsejó dedicarse a esta especialidad, en previsible expansión y aún sin cubrir en aquel momento en la Universidad. En este campo se integraría pronto con entusiasmo, mostrando su ya clásica facilidad e inclinación hacia la Sistemática. Una facilidad que le llevaría a desarrollar, siempre sin aparente esfuerzo, una obra paleontológica notable. Los años de estudiante, sin embargo, debieron contribuir muy poco a su formación como paleontólogo. Probablemente su efecto fue más el de afianzar una vocación naturalista mientras que su recorrido por la Paleontología empezaría con la Tesis de Licenciatura y sobre todo en el Doctorado.

Cuando yo conocí a D. Bermudo Meléndez se puede decir que ya había culminado con éxito una carrera universitaria, obteniendo el Premio Extraordinario de la Licenciatura en 1936 y del Doctorado en 1942. De su trabajo de grado de Licenciado, aparecido en 1939 tras el lapso de la Guerra Civil, sobre La «Filogenia de los Vertebrados en los tiempos geológicos», se publicó un extracto en la Revista de la Universidad de Madrid, en 1941. Su rápida carrera postdoctoral le llevó desde una plaza de auxiliar (equivalente a los posteriores adjuntos) en los primeros años de la postguerra, a ganar por oposición la cátedra de Geología en

la Universidad de Granada en Noviembre de 1944 y la cátedra de Paleontología, también por oposición, en Madrid en 1949. Se casó un cinco de Agosto de 1943 con Isabel Hevia, estudiante asturiana venida a Madrid para hacer la carrera, recién licenciada en Ciencias Naturales en Madrid y alumna suya (de prácticas y excursiones de campo, y de teoría ocasionalmente, cuando el auxiliar sustituía por algún motivo al catedrático). Cuentan las lenguas que fue durante estas excursiones donde se forjó un idilio que daría como fruto una saga de diez hijos y *que ha cumplido recientemente sus bodas de oro.*

Su primer hijo, Fernando, nacería en Madrid, en mayo de 1944, poco antes de salir para Granada, a donde llegaron un 28 de Enero de 1945 en un invierno especialmente crudo. Su estancia en Granada la pasó junto con su incipiente familia en Huétor Vega, un pueblecito cercano a la ciudad a donde llegaba el tranvía desde el centro de Granada, pasando por Huétor y por Cajar, dando la vuelta en el cercano pueblo de La Zubia y retornando al poco rato (media hora en total) camino de la ciudad. Este detalle dio lugar a más de una anécdota familiar, como lo que sucedió el día del nacimiento de su segundo hijo, Enrique, que nació en la casa de Huétor Vega: Al precipitarse el suceso y no haber llegado aún la comadrona, D. Bermudo se vio ayudando a su suegra en la difícil asistencia a un parto guiado únicamente por su buena intuición, cosa que, según cuentan las crónicas, resolvió sin mayores problemas, con la serenidad e interés científico *por los detalles que ya empezaban a ser acostumbrados. Cuando llegó la comadrona en el tranvía se encontró con la tarea ya hecha y la pareja resolvió que, puesto que todo estaba en orden, podía coger el mismo tranvía de vuelta a la ciudad. De tal manera, la asistencia médica al parto se redujo a la media hora de intervalo entre el paso del tranvía en una dirección y en otra. Esta operación se repitió con éxito en ocasiones sucesivas.*

De su período granadino, entre 1944 y 1949, el matrimonio guardó buenos recuerdos, en primer lugar, la llegada del segundo y del tercer hijo. El tercero, Alfonso, llegó en Madrid, por casualidad, en Enero de 1948, durante las vacaciones de Navidad con los abuelos. También, el recuerdo de la huerta granadina, los frutales, la abundancia de alimentos en aquella tierra en los difíciles años cuarenta, y los dos olivos que tenían en el jardín, que les daban «una arroba (once kilos y medio) de aceite al año». Pero, sobre todo, el trato y la amistad que trabaron con muchos compañeros en la Universidad. Allí se iniciaría la amistad con Asunción Linares, que ocuparía unos años después la Cátedra de Paleontología en el departamento y que sería ya colega y amiga de la familia para siempre. Muchos otros compañeros de la Universidad de Granada y profesores, hoy en otros puntos recuerdan entrañablemente a D. Bermudo como profesor de aquella universidad durante esos años. De esta época datan algunas obras

notables relacionadas ciertamente con las materias que D. Bermudo debía impartir en la Cátedra de Geología, fundamentalmente, diversos cuadernos o folletos sobre apuntes de Cristalografía y Mineralogía y, especialmente, un pequeño manual de Cristalografía, editado unos años más tarde en colaboración con Vicente Muedra: La «Autodidaxis cristalográfica» (1950), reeditado posteriormente con el título: «Manual de Cristalografía elemental» (1957). Lo mismo se puede decir de una de sus más célebres obras «extrapaleontológicas»: los famosos 60 modelos cristalográficos «Especialmente diseñados y seleccionados para el estudio de la Cristalografía Geométrica Elemental y destinados a los alumnos de Bachillerato Superior y del primer curso de facultades de Ciencias y Escuelas Técnicas». Estos modelos, contruidos en cartulina plegable y recortable, fueron al mismo tiempo una pesadilla y una ayuda inapreciable para generaciones de alumnos de Ciencias tanto en el Bachillerato como en la Universidad, y puedo decirlo por propia experiencia pues con ellos me encontré yo mismo (y mis compañeros de curso) en ambos lugares. La decisión de construir tales modelos, «verdaderamente sencillos en su concepción» según palabras de su autor y extraordinariamente complejos para el común de los mortales, se debió al deseo de «contribuir a facilitar la comprensión de los sistemas cristalinos para los alumnos, que se enfrentan a esta asignatura con grandes dificultades». Todos estos trabajos dan una idea de su versatilidad y facilidad para entrar en campos muy diversos. Como de costumbre, su autor nunca le dio más importancia a una tarea que tenía bastante de conocimiento y comprensión de la materia y no poco de destreza y habilidad manual en el bricolage.

Otras dos obras que se forjaron en aquella época, aunque se irían materializando en años posteriores, fueron su resumen o «Síntesis geológica de la Península Ibérica», que se editaría como complemento al Mapa Geológico de España 1:1.000.000, y la conocida «Geología», de Meléndez-Fúster, un manual de Geología General que marcaría un hito en la enseñanza de la Geología en nuestro país, imponiéndose como libro de texto y paradigma de la Geología española durante generaciones, sobre todo porque constituía uno de los primeros manuales de Geología escrito en España por autores españoles, con numerosos casos y ejemplos de procesos y fenómenos geológicos en España.

Entre 1940 y 1944 D. Bermudo había permanecido como auxiliar de D. Eduardo Hernández Pacheco, en Paleontología, a quien solía sustituir en ocasiones en clase de teoría. Los alumnos de aquellas generaciones recuerdan cómo ya entonces se perfilaba su estilo claro, conciso y metódico que le caracterizaría siempre, y que más tarde podríamos reconocer todos. De hecho, sus dos principales obras publicadas desde su Licenciatura y antes de su etapa granadina

su Tesis Doctoral sobre «El Cámbrico en España» (1942) y la «Contribución al estudio del Paleozoico Aragonés» (1944), son obras de carácter eminentemente estratigráfico y paleontológico, aportando tanto un estudio detallado de periodos y regiones especialmente conflictivas e inexploradas como un estudio sistemático de los grupos fósiles. Estos estudios servirían de base a muchos autores de distintas escuelas en años posteriores, pero sobre todo le servirían a él mismo para retomar muchos años después el estudio de los equinodermos (Asterozoos, Equinozoos, Crinozoos, pero muy especialmente los Cystideos) del Paleozoico.

De su Tesis Doctoral sobre los terrenos cámbricos de la Península Ibérica, D. Bermudo *no guarda un recuerdo especialmente grato, ni en su momento ni posteriormente*, consciente quizás desde muy pronto de la enorme amplitud y de la imprecisión del tema, y posteriormente de la existencia de los trabajos realizados por geólogos de la escuela alemana, principalmente de la Universidad de Göttingen, que durante los años treinta habían realizado numerosas monografías de carácter estratigráfico y estructural sobre las cadenas ibéricas y otros puntos de la península, especialmente de Lotze, que había realizado una monografía casi con el mismo título unos años antes (1929). No obstante, a principios de los años cuarenta, estas monografías no habían llegado a sus manos y D. Bermudo realizó un trabajo estratigráfico-estructural, y sobre todo paleontológico, de una envergadura, y sobre todo de una extensión geográfica que en nuestros días, con el grado de especialización alcanzado, resultaría inconcebible. La obra de Lotze se centraba en las Cadenas Celtibéricas; no obstante en su tesis D. Bermudo aportó una visión sintética del Cámbrico no sólo en la Cordillera Ibérica sino también en Sierra Morena, Extremadura, y en la Cordillera Cantábrica.

Esto lo realizó mediante minuciosos recorridos a pie a lo largo y ancho de la Geografía española. El guarda un recuerdo especialmente agradable del recorrido a pie que hizo a lo largo de toda la costa asturiana (y parte de la Cordillera Cantábrica) para reconocer, caracterizar y estudiar los afloramientos cámbricos. Con seguridad reconoció muchas otras cosas pues desde entonces tendría ya un detallado conocimiento de la Geología de Asturias, tierra a la que se encontraba unido además por motivos sentimentales. Los familiares de Isabel recuerdan de aquella época y de tiempos posteriores la inutilidad de «planear una excursión» (en bicicleta, por Asturias) con Bermudo pues «si queríamos llegar a una hora, él se iba parando todo el rato a mirar los materiales junto a la carretera y se iba llenando la mochila de piedras, total, que fuéramos donde fuéramos, echábamos el día». La tesis la terminó en 1942, dando una nueva muestra de su capacidad de resolución y de síntesis en un tema tan amplio y disperso. No obstante, en contra de lo que pudiera parecer, las cosas, a pesar de la rapidez, no fueron ni mucho menos tan inmediatas: Cuenta su entonces recién llegada novia Isabel,

que «andaba por aquella época muy desanimado con la tesis, que no acababa de terminarla y en aquellas excursiones que organizaba a las que solíamos ir con él un grupo de chicas del curso, yo le dije que podía ayudarle y pasársela a máquina, y él se animó mucho, y la terminamos muy pronto, en aquel año». La tesis, con las coincidencias y discrepancias con los trabajos de la escuela alemana, especialmente el de Lotze, fue presentada con éxito y le valió el Premio Extraordinario de Doctorado. Los alumnos que en los años sucesivos siguieron estudios paleontológicos de distintos grupos en estos terrenos, siempre han reconocido la aportación básica que esta obra supuso, especialmente en algunos grupos, como los Arqueociatos (entonces denominados Arqueociátidos). De ello son testigos una nota publicada en 1941 en el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural y otra presentada en el XVI Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias celebrado en Zaragoza en 1940 y publicada en la revista *Las Ciencias* (t. 8, 1943). La Tesis fue publicada en 1942 por el recién creado Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en los Trabajos del Instituto José de Acosta.

Como corolario a su tesis y con objeto de preparar la oposición a la Cátedra de Geología de Granada, en el siguiente año terminaría otra monografía: la «Introducción al estudio del Paleozoico Aragonés», una obra de la que él guarda un mejor recuerdo, por varios motivos: En primer lugar se movía en un terreno menos amplio y en una región muy querida por él, que recorrió en bicicleta, primero con su novia y otros alumnos y luego con su ya esposa Isabel, entre Calatayud, Badules, Fombuena, Murero... etc. Todos esos nombres han permanecido siempre en su recuerdo y en Badules guardaría amistades durante muchos años. Cuentan los protagonistas que «solían ir con las bicicletas en tren hasta Calatayud y luego se movían por toda la región en bicicleta». En segundo lugar, por el carácter más claramente paleontológico y estratigráfico de la obra, aunque en ella también se realizan diversos cortes estructurales generales. Lo más importante para él sería los numerosos yacimientos de fósiles que descubrió y estudió a fondo, sobre todo los de equinodermos, y más especialmente de Cystideos. A partir de entonces guardaría una mayor predilección por este grupo, aunque hasta mediados los años setenta, aparte de una serie de breves notas aparecidas en los años cincuenta, no podría retomar el estudio sistemático detallado de los mismos. No obstante, todas las formas nuevas definidas por él en esta monografía se verían confirmadas en las revisiones posteriores.

En 1949 D. Bermudo accedería por oposición a la Cátedra de Paleontología de la Universidad en Madrid. Se cumplía así un ciclo de muchos años, al final del cual se instauraba, o mejor dicho, se reinstauraba una cátedra de Paleontología en Madrid y se creaba otra en Barcelona. En realidad este hecho no era la primera

vez que ocurría si tenemos en cuenta que D. Juan de Vilanova y Piera había ocupado la titularidad de una plaza homóloga entre 1878 y 1893. No obstante, dicho puesto no había tenido continuidad, y la fecha de esta oposición puede decirse que marca el comienzo de la Paleontología moderna en España. Con ella, D. Bermudo pasaría a ocupar lo que suponía su «lugar natural» en el panorama universitario español, como iniciador y titular de una Cátedra de Paleontología en la Universidad española.

La oposición se celebró en Mayo de 1949, saliendo simultáneamente las plazas de Madrid y de Barcelona. Esta última la cubriría J.R. Bataller; D. Bermudo se presentó a la de Madrid en solitario, sin oponente (la plaza había sido firmada también por D. Noel Llopis, quien no compareció). En el tribunal figuraba como presidente D. Maximino San Miguel de la Cámara y como secretario D. Manuel Alía, quien había accedido recientemente a la Cátedra de Geografía Física. Los vocales eran D. Luis Solé Sabarís; D. Francisco Beltrán, Catedrático de Botánica de Valencia y D. Joaquín Muñoz Amor, Catedrático de Paleontología y Estratigrafía de la Escuela de Minas de Madrid. Se sabe que la sacó por unanimidad, con felicitación del tribunal; que su desarrollo constituyó una muestra del impulso que recibiría la Paleontología en la Universidad de Madrid en lo sucesivo, y que fue la lección de un maestro a un público y un tribunal en donde ningún miembro tenía un curriculum especialmente relacionado con la Paleontología.

Algunas anécdotas han llegado hasta nosotros como retazos de una leyenda, pero que él nunca consideró más que como un mero trámite en algo obvio, y que la familia siempre se tomó a broma: se cuenta que en el primer ejercicio, (conocido como el del «Autobombo»), buscaba una forma adecuada de comenzar y consultó a un tío suyo más versado en letras, quien sugirió comenzar diciendo que «es para mí una ardua tarea» (el sintetizar en pocas páginas mi extensa labor...etc.), frase ésta que desde entonces pasó a formar, con gran jolgorio, parte del acervo familiar. En el segundo ejercicio (la temible encerrona) cuentan que, tanto aquella como la de la anterior oposición, la había pasado sin problema. Recuerdo que cuando en una ocasión le pregunté, con motivo de otras oposiciones recientes, si la encerrona había sido para él tan temible como se solía decir, él me contestó que en realidad «lo único que había hecho era seleccionar las diapositivas». La lección magistral la desarrolló sobre los Neoammonoideos, tema que aprovecharía como capítulo del segundo volumen del Tratado, publicado en el año siguiente y que se publicaría, además, por separado, como un folleto de 100 páginas. La Sistemática de este grupo estaba basada en la extensa obra: «Les Ammonites Jurasiques et Cretacés», de Frédéric Roman, con quien él mantuvo una correspondencia e intercambio estrechos durante años.

En el ejercicio práctico el tribunal le comunicó que disponía de dos horas para estudiar unos fósiles y determinarlos. Él miró a la colección de fósiles y dijo que «si no tenían inconveniente, podría hacerlo directamente. El tribunal, no sin cierto asombro, asintió y D. Bermudo, de un golpe y sin esfuerzo, clasificó los ejemplares culminando así el ejercicio y la oposición, y accediendo desde entonces a la plaza que ocuparía ya hasta su jubilación en 1982. La oposición terminó en una comida de los dos opositores con el tribunal. Luego la familia lo celebró yéndose todos a cenar a casa de los abuelos, donde su padre vio al hijo triunfante por segunda vez consecutiva como Catedrático de Universidad.

La notable facilidad que mostró siempre para la Paleontología y su soltura para la Sistemática de todos los grupos tenía su origen en una firme vocación naturalista, pero también tenía su explicación en la obra magna en la que llevaba empeñado ya bastante tiempo: el Tratado de Paleontología, que a la usanza de los tratados de otros ilustres autores europeos, cumpliera el doble objetivo de poner a la Paleontología en España en el lugar que le correspondía en Europa, y de sintetizar para una audiencia hispano hablante los conocimientos de Paleontología. A esta obra, concebida en principio como el trabajo monográfico requerido para presentarse a la oposición de Madrid, se entregó con gran ilusión desde un principio (de hecho empezó a trabajar en el Tratado nada más acabar la tesis), contando con el apoyo incondicional de D.^a Isabel por un lado, que ya empezaba a resignarse a lo que se le venía encima y, por fin, de su padre que, comprendiendo que el futuro de Bermudo, lejos de la Ingeniería, se decantaba definitivamente hacia algo tan desconocido como la Paleontología, le prestó su apoyo incondicional facilitándole en lo posible su trabajo.

En aquella época, teniendo en cuenta la precariedad del sueldo de auxiliar, D. Bermudo repartía su tiempo entre las clases en la Universidad, y algunas clases particulares, mientras comenzaba la formación de una familia. El Tratado se fue gestando poco a poco (pero de un modo sorprendentemente rápido) en casa, en ratos sueltos, y noche tras noche. Poco podían imaginar ellos en aquella época que esta inocente tarea se convertiría en la obra de toda su vida, ocupándole la práctica totalidad de su tiempo y creando la clásica imagen de él que todos sus hijos recordarían: La de su padre metido a todas horas en el despacho, ausente del mundo, recortando y pegando papeles, figuras y fotografías que guardaba meticulosamente archivadas en unos misteriosos ficheros de mueble señalados con unos letreros incomprensibles; componiendo capítulos del libro, corrigiendo pruebas y redactando pequeños párrafos a máquina.

La obra se concibió inicialmente con una múltiple vertiente: las Generalidades, los Invertebrados, los Vertebrados, y la Paleobotánica. El primer tomo, de Generalidades e Invertebrados (parte I) apareció en 1947 y el segundo, de

Invertebrados (parte II), en 1950. Este segundo volumen comprendía los Artrópodos y Moluscos, más unos capítulos sobre Biogeografía, Bioestratigrafía, Evolución y Paleocinología, temas éstos muy queridos por el autor y que nunca dejaría de desarrollar en obras posteriores. Estos dos volúmenes fueron editados por el Instituto Lucas Mallada, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Los tomos tercero y cuarto, sobre Vertebrados y Paleobotánica, quedaron de momento en proyecto aunque unos años después, en 1956, salió a la luz una versión resumida, el «Manual de Paleontología», en un único volumen que, de forma muy abreviada, desarrollaba todas las partes.

Por encima de todas las consideraciones, el Tratado de Paleontología fue una obra monumental que mostró la verdadera altura y la posición de su autor, tanto por la síntesis de conocimientos y de principios generales expuesta a lo largo de la obra como por el minucioso tratamiento sistemático que reciben la práctica totalidad de los grupos fósiles y la recopilación bibliográfica que se presentaba en cada capítulo. La obra se situaba entre las obras modernas de Paleontología de la época (el tratado de Zittel en Alemania; el de Moret y el de Boule y Piveteau en Francia; los tratados de Dal Piaz, Leonardi o Rosa en Italia). Todos los Phyla y Clases de Invertebrados eran objeto de descripción sistemática hasta el detalle, describiendo y figurando las distintas familias y los principales géneros. En todos los capítulos llama la atención especialmente la lista bibliográfica, clasificada casi siempre en obras generales, obras de autores europeos o de los autores más clásicos, y las obras de los autores españoles sobre el tema en cuestión.

Y como tal obra paleontológica es preciso reconocer asimismo que el Tratado de Paleontología fue una obra que se adelantó a su tiempo. La escasa difusión de la Paleontología (y de otras muchas ramas de las Ciencias Naturales) en la España de los años cuarenta y cincuenta, hizo que esta obra no tuviera una gran repercusión en la sociedad española. El estado embrionario en el que se encontraban la Geología y la Biología en la Universidad (la separación de las dos licenciaturas no tuvo lugar en la Universidad Complutense hasta el curso de 1951-1952) y el bajo número de alumnos de cada promoción hasta bien entrados los años sesenta contribuyó a que la obra en la Universidad tuviera una circulación reducida. La obra sí que sirvió a su autor para ser conocido en círculos exteriores y para poder realizar un intercambio fructífero con los especialistas de otras universidades europeas. Así reuniría una amplia biblioteca con las obras más modernas y monografías sobre los distintos grupos fósiles, que él reutilizaría constantemente en lo sucesivo.

Tras su llegada a Madrid, en 1949, la familia pronto se instaló en una casa que tenían sus padres en la calle de Francisco Navacerrada, en el madrileño barrio de las Ventas. En esa casa, de varias plantas y con jardín, permanecería hasta Junio

de 1962, en que se trasladó a las viviendas para profesores de Universidad en la Plaza de Cristo Rey, cerca del Campus de la Universidad. En Francisco Navacerrada la familia pronto fue aumentando. Allí nacerían la mayoría de sus hijos: Su cuarto hijo, Carlos, nacido en 1950, fallecería a las pocas semanas víctima de la Tosferina. El abatimiento profundo de los padres se vería aliviado con la llegada al año siguiente de la primera niña, Isabel y posteriormente de otros cuatro más, hasta formar una familia numerosa: Guillermo, en 1953; Nieves en 1955, Beatriz en 1956, e Ignacio en 1959. Los hijos pronto formaron una prole compacta alrededor de los padres heredando de éstos su vocación naturalista y su afición a las salidas al campo. Su última hija, Margarita, vino al mundo un 28 de Mayo de 1963, ya en la casa de Ministro Ibáñez Martín, en la Residencia de profesores. Los documentos que muestran a toda la familia al completo son escasos: hay que pensar que cuando nació la más pequeña, los dos hijos mayores, Fernando y Enrique, se encontraban ya en la Universidad cursando respectivamente las carreras de Geológicas y Biológicas. Curiosamente, las ocasiones en que toda la familia se debía reunir obligatoriamente para hacerse una foto conjunta eran los momentos en que se debía renovar el carnet de familia numerosa. Esas fotos han quedado como verdadero reflejo de la expansión y reducción del núcleo familiar durante los años cincuenta y sesenta.

Entre los años cuarenta y sesenta su labor investigadora y divulgadora de la Paleontología y de la Geología en general fue ingente, al igual que su labor académica y docente, reflejada en las numerosas menciones y en los nombramientos y cargos desempeñados sucesivamente en la Universidad, así como en las numerosas asignaturas y cursos impartidos, tal como se recogen en su curriculum. Su aportación a la investigación hasta 1967 se recoge en un total de 214 trabajos científicos publicados incluyendo notas científicas, los distintos volúmenes y capítulos por separado de los tratados y manuales, memorias de hojas geológicas, programas, artículos de divulgación, etc. Un listado completo de sus trabajos y un comentario más detallado de su obra puede encontrarse en el folleto titulado «Publicaciones, cargos y nombramientos de carácter científico», publicado inicialmente en Granada en 1949, completado posteriormente con numerosos suplementos, y al cual remito al lector interesado. Sólo comentaré brevemente que sus trabajos durante este intervalo abarcaron todos los aspectos de la Paleontología y de todas las Ciencias Geológicas en general, reflejando bastante bien el espíritu de «pionero» de la Geología moderna y de la Paleontología española que durante este tiempo le animó. En el campo de la Teoría Evolutiva, en el que mantuvo una doble perspectiva neodarwinista y finalista, tuvo una especial importancia su labor de divulgación por lo que tuvieron de difusión de las ideas evolucionistas en la sociedad española, estancada en una rígida carencia

de ideas y recelosa de las ideas darwinianas (e incluso teilhardianas) por considerarlas contrarias a la creación. Sus intensos contactos y su profunda amistad con paleontólogos como Leonardi y Crusafont le llevaron a constituir un sólido núcleo evolucionista que mantuvo siempre la idea del finalismo, distinguiendo esta evolución de la evolución superficial, adaptativa. En los últimos años ha mostrado una tendencia a separar aún más ambos procesos reconociendo la fuerza y la expansión social de la evolución adaptativa, y a distinguir claramente entre los procesos y evidencias paleontológicas y las interpretaciones posibles de los paleontólogos, distanciándose de posiciones finalistas radicales. *Su mayor mérito aquí estuvo, sin duda, en su defensa y difusión en los foros más diversos de la idea de la Evolución como «una ley biológica general» en su versión neodarwinista; en la introducción de la figura de Darwin en la España de los años cincuenta y sesenta y de la Teoría Sintética de la Evolución como el estadio moderno de la Paleontología.*

Su preocupación por difundir la Paleontología y en general las Ciencias Geológicas en el seno de la comunidad científica española se tradujo en una actividad incesante y en un interés real por integrarse en, y por impulsar al mismo tiempo, las organizaciones y actividades científicas: en la Real Sociedad Española de Historia Natural en 1935, y en la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias en 1940. Su vinculación al Consejo Superior de Investigaciones Científicas se inició desde la misma creación de este organismo, entrando en 1940 primero como becario del Museo Nacional de Ciencias Naturales y luego como becario del Instituto José de Acosta. Con la creación del Instituto Lucas Mallada él pasó a ocupar en 1948 la jefatura de la Sección de Paleontología en Granada y en 1949 el mismo puesto en la de Madrid. El mismo año ocuparía la Secretaría y en 1966 asumiría el cargo de vicedirector del Instituto. Este mismo año se creaba el Departamento de Paleontología en la Facultad de Ciencias de Madrid, departamento que él había ido gestando durante casi veinte años, y D. Bermudo asumió la dirección del mismo. Asimismo, desde muy pronto, en los años cuarenta, ingresaría como socio en las Sociedades paleontológicas Americana, Británica, Alemana, Francesa e Italiana. Al año siguiente pasaría a ocupar la presidencia de la Sección de Ciencias Geológicas de la Facultad de Ciencias, que agrupaba a los cinco departamentos recién constituidos y que serían clásicos ya en las distintas universidades: Paleontología, Estratigrafía, Petrología, Geodinámica, y Cristalografía-Mineralogía. En 1968 ocuparía la presidencia de la Asociación de Geólogos Españoles que con el tiempo llegaría a ser el germen del Colegio Oficial de Geólogos y de la Sociedad Geológica de España.

Estos tiempos de crecimiento institucional y de transformación de la Paleontología y de la Geología en la Universidad de Madrid culminaron con el

traslado de las dos secciones (Geología y Biología) desde su primitiva ubicación en el famoso «pisito», en el pabellón 5^º de Medicina, al nuevo edificio de Geológicas-Biológicas en el campus junto a sus edificios hermanos de Ciencias Exactas, Físicas, y Químicas. Este nuevo edificio, esperado con ansia por generaciones de geólogos y biólogos, no convenció a nadie por su diseño ortoédrico, más propio de un edificio de oficinas que de una Facultad universitaria, así como por la frialdad de sus pasillos y laboratorios. La distribución de los espacios, basada en el apilamiento de Departamentos por plantas hizo que el descontento fuera directamente proporcional al número de plantas que había que subir, dado el generalmente mal funcionamiento de los ascensores. En este sentido los biólogos llevaron la peor parte pues su sección comenzaba en la planta octava. El pisito se quedó pues en la memoria de los que ya habían empezado a integrarse en el Departamento desde los años anteriores, formando parte de una reducida memoria colectiva como un lugar primitivo y legendario.

El que esto escribe guarda también algunos recuerdos borrosos del pisito aunque no como estudiante de Geología. Mis recuerdos de aquel lugar están fundidos en tardes oscuras jugando al balón en el pasillo con Pepe Calzón, conserje de conserjes y una institución en la Sección de Geológicas de Madrid; rebuscando en las estanterías esperando a que D. Bermudo terminara la clase y sus trabajos y mirando con curiosidad las colecciones de fósiles. Otros recuerdos de los años sesenta y final de los cincuenta, son más emocionantes, como la participación, siempre que esto era posible, en las excursiones con los alumnos, especialmente en las excursiones de fin de carrera, escapando del colegio a la menor oportunidad. De ahí me quedó, aparte del gusto de haber conocido a muchos futuros maestros míos desde su época de estudiantes, una serie de imágenes imborrables de los paisajes más clásicos de la Geología española y otras de D. Bermudo dirigiendo las excursiones, a veces en el autocar junto con otros ilustres profesores (D. Francisco Hernández Pacheco; D. José María Fúster; D^a Josefa Menéndez Amor, D. Francisco Mingarro, etc.); otras veces en su propio coche, al que le acoplaba un altavoz en el techo, y desde donde iba explicando cada afloramiento. Al final, ya de vuelta, dirigiéndose desde el coche al autocar decía: «Por favor, les ruego que me envíen mi(s) hijo(s) al coche», pues normalmente solían siempre ser más de uno los que se colaban de rondón en las excursiones y, por supuesto, iban en el autocar.

En 1964 D. Bermudo inició un proyecto largamente acariciado, que constituiría un esfuerzo por suscitar y avivar el debate en el panorama paleontológico en su Facultad: los Coloquios de Paleontología, fielmente plasmados en el boletín periódico Col-Pa, en el cual hoy nos encontramos realizando este volumen de homenaje. Concebidos como un foro de discusión y ampliación de los debates

paleontológicos del momento, los coloquios se abrieron desde un principio a la participación de profesores y alumnos (geólogos y biólogos, generalmente de los últimos cursos). En ellos se invitaba con frecuencia a investigadores nacionales y extranjeros. Los números sucesivos de Col-Pa reflejaron todo esto pero también fueron un fiel y puntual exponente de los movimientos ocurridos en el Departamento, por lo que los veintisiete números aparecidos entre 1964 y 1975 constituyen una fuente documental de primera magnitud para todo el que desee acercarse a la realidad y a la evolución histórica del Departamento y de la Paleontología española contemporánea. En sus páginas tuvieron cabida contribuciones diversas de personas de la talla de Miguel Crusafont, Rafael Alvarado, Emiliano Aguirre, Jean Piveteau, G. Termier, Rafael Vilar-Fiol o R.H. Wagner. Muchos alumnos que participaron en los coloquios y aportaron contribuciones son hoy ilustres paleontólogos. Los discípulos que permanecieron en el Departamento, en una muestra de afecto hacia el maestro y al pasado común, contribuyeron al resurgimiento del Col-Pa, ya en los años ochenta, bajo un nuevo formato y como una revista científica.

El traslado al nuevo edificio trajo también una serie de cambios sustanciales en la Licenciatura de Geológicas que marcarían su «mayoría de edad», tras doce años desde la separación de Biológicas. Estos cambios vinieron inducidos fundamentalmente por dos factores: En primer lugar la progresiva y rápida masificación de las sucesivas promociones, pasando unas generaciones minoritarias a superar rápidamente la cincuentena de alumnos y en pocos años el centenar en los primeros cursos y los setenta en el quinto curso. En segundo lugar, los cambios políticos que afectaron a la sociedad española a finales de los sesenta y primeros setenta, se reflejaron con dureza en la Universidad. Unos años de tensiones y de politización intensa vinieron a sustituir a las pacíficas promociones de diez años antes. A esto habría que añadir la consolidación de los departamentos como unidades independientes, con el consecuente incremento del profesorado en los mismos, y el crecimiento exponencial de la burocracia en la Facultad.

La dedicación a las tareas administrativas del Departamento y de la Facultad llevó a D. Bermudo a abandonar poco a poco algunas de sus actividades más tradicionales, como las excursiones con los alumnos o las clases prácticas, reduciéndose al desarrollo de las clases teóricas en las asignaturas clave de Paleontología General (para geólogos y para biólogos), una parte de la Paleozoología especial y algunas intervenciones en el Doctorado. Su ingente labor docente que le había llevado a impartir las materias más diversas de toda la Geología en décadas anteriores (así como a la elaboración de programas y de textos para las mismas) se encontraba ahora distribuida entre un ejército creciente de profesores, en muchos casos no numerarios en una Facultad en estado de

transición perpetua, y becarios. Ocupado con las intensas labores burocráticas y con la tarea de mantener una difícil armonía en su Departamento, se centró en la renovación y reedición de su obra fundamental: el Tratado de Paleontología y las reediciones del libro de Geología general.

En 1967 se publicaba la primera edición de la *Geología*, en colaboración con J.M.^a Fúster. Esta obra, referencia fundamental en la enseñanza de la Geología en las universidades españolas, como ya hemos mencionado, se había ido gestando en realidad muy pronto, durante los viajes geológicos que había realizado por toda la península durante su tesis y en los años posteriores, especialmente durante los años de permanencia en Granada. La parte gráfica del libro, abundantemente ilustrado con ejemplos de fenómenos geológicos españoles, nos muestra paisajes y escenas en su mayoría de los años cuarenta. En muchas fotografías no es difícil reconocer a su esposa D.^a Isabel en bicicleta junto a un famoso anticlinal, o a rostros famosos de la Geología y Paleontología españolas en sus tiempos de estudiantes. La obra se reeditaría sucesivamente en 1968 (2^a edición, aparecida en 1969) evidenciando un notable éxito en su acogida, y en 1972 (tercera edición, con una nueva tirada en 1975). A partir de esta tercera edición los autores la ampliarían con sucesivos capítulos que irían reflejando puntualmente los progresos de la Geología en general y de la Geología española en particular (la Tectónica global, la Geología del petróleo, los yacimientos minerales endógenos y las rocas organógenas, etc.), constituyéndose así en un auténtico vector del Paradigma de la Geología en ese momento. En la parte de Geología Histórica el autor repasaba brevemente gran parte de la información que, de modo muy condensado, había desarrollado en el Manual de Paleontología publicado en 1956.

Este manual de Geología constituía la expresión visible de la asignatura de Geología General que D. Bermudo había comenzado a impartir para los alumnos del curso Selectivo desde los tiempos de Granada y que impartió en Madrid regularmente durante muchos años. En aquella época, a principios de los años sesenta, se consideraba que las asignaturas generales, de síntesis, eran más complicadas de impartir y exigían más experiencia que las muy específicas. En consecuencia, en el primer curso de Geológicas se juntaban los grandes maestros explicando las asignaturas generales. Según cuentan algunos antiguos alumnos suyos, “D. Bermudo se entusiasmaba de tal manera con la asignatura que la clase se llenaba. Su influencia sobre los alumnos fue tal que muchos que no tenían una vocación definida entre las distintas licenciaturas se decantaron hacia la Geología”. Los alumnos recuerdan también como una muestra de su carácter abierto y de la profundidad de sus convicciones hechos como el que “en un tiempo como los primeros años sesenta en el que la Tectónica de Placas aún no existía y hablar de

deriva en Geología era anatema, D. Bermudo dedicó dos clases a exponer la Teoría de Wegener y sus pruebas, incluyendo el mecanismo de convección propuesto por Holmes para justificar las causas del desplazamiento continental explicando que, pese a que la mayoría de los geólogos no estaban de acuerdo con esta hipótesis, él consideraba que ésta era la única forma de comprender la distribución de los grupos antiguos y actuales”.

La reedición del Tratado de Paleontología se presentaba como una tarea inconmensurable en esta época con los planteamientos con que había sido concebida en sus orígenes. En efecto, en una época en la que los grandes tratados sobre Sistemática habían pasado a la Historia, quedando la obra enorme de Piveteau ya algo superada, y el famoso *Treatise on Invertebrate Paleontology* de R.C. Moore en un lento proceso de reelaboración continua, D. Bermudo se embarcó en la publicación de una versión más «compacta» del Tratado. Esta nueva edición fue concebida sin descender al mismo nivel en la Sistemática, pero tratando de dar una visión amplia y completa, y puesta al día, de todos los grupos fósiles, desarrollando asimismo con mayor detalle la parte de generalidades. En 1970 salía el primer volumen de este «Manual revisado», con la vocación de seguir los pasos del primitivo Tratado: Un primer tomo de Generalidades e Invertebrados, y el proyecto de un segundo tomo de Vertebrados y un tercero de Paleobotánica. Aunque más sintético que el primitivo Tratado el estilo era básicamente el mismo y la extensión con que estaban desarrollados los sucesivos temas le daba a la obra un peso que en nada tenía que envidiar a la primera. La parte gráfica, el tratamiento sistemático y los esquemas filogenéticos se habían modernizado visiblemente.

Al contrario que el primer tratado, esta obra sí se constituyó en referencia obligada para las generaciones de alumnos en las universidades españolas y notablemente en Sudamérica, a donde llegó rápidamente y tuvo una amplia difusión. Esto le valdría a D. Bermudo su nominación como Profesor Honorario (Doctor Honoris Causa) por la Universidad de Tucumán en 1984 y como Académico correspondiente por la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, Argentina, en 1985. La publicación del tomo II, sobre Vertebrados, empresa en la que se centraría ya durante todos los años siguientes, hubo de verse interrumpida por la necesidad de reeditar el primer volumen. En él D. Bermudo introdujo pocas modificaciones aunque actualizó ligeramente la parte de Micropaleontología e introdujo un índice alfabético, ampliando asimismo la parte gráfica.

El tomo II, salía por fin en 1979, incluyendo los Peces, Anfibios, Reptiles y Aves. La obra había tomado tales características que el autor había decidido dejar los Mamíferos y la Paleontología Humana para un volumen aparte, en el que se daría cabida a numerosos colaboradores. En este volumen también entraban diversos

colaboradores en capítulos puntuales. Sin embargo, los que vimos de cerca la minuciosidad y dedicación con que redactó todos los capítulos y corrigió las aportaciones de otros autores podemos saber que la aparición final de este volumen constituyó una de las mayores satisfacciones de su carrera, en una fecha ya próxima a su jubilación. Pero, más que nada, la aparición de este volumen significaba la ruptura con la tradición de no haber sobrepasado nunca los Invertebrados en las ediciones del Tratado, culminando así parcialmente un proyecto de su juventud. El tercer volumen saldría también, definitivamente, unos años más tarde, incluyendo los Mamíferos, con las aportaciones de numerosos especialistas. Para entonces la obra se había ampliado considerablemente y la proyectada reedición de la parte de Generalidades e Invertebrados aconsejaba su desdoblamiento en dos volúmenes separados. Este proyecto, a punto de cumplirse en su parte de generalidades, se encuentra en avanzado estado en las restantes (revisión de los Invertebrados y Paleobotánica). En esta nueva fase, muchos investigadores y alumnos suyos se han integrado en el mismo. Pero en su papel de coordinador D. Bermudo recoge los capítulos que nadie se anima a desarrollar y en su trabajo minucioso y preciso de redacción y de corrección de textos como de costumbre, con frecuencia adelanta y desborda a sus colaboradores.

En los años previos a su jubilación, desde 1975, reemprendió su labor investigadora en los Equinodermos paleozoicos, (Cystideos, Pelmatozoos, Asterozoos...) en colaboración con los profesores Chauvel y Le Menn, con quienes pasó diversas temporadas durante varios veranos, en Rennes. De esta manera llevó a cabo una lenta pero precisa revisión de muchos de los grupos estudiados durante su tesis y los años posteriores, en los Montes de Toledo, Aragón, y en el Pirineo. Así pudo ver confirmadas todas las especies y los taxones definidos por él en un principio. El género *Batalleria* CHAUVEL & MELÉNDEZ, fue definido por estos autores en 1974.

En estos mismos años, en una etapa especialmente conflictiva dentro de la Universidad, también debió desempeñar cargos académicos, primero el de Vicedecano de la Facultad de Ciencias (1974) y posteriormente el de Decano de la recientemente constituida Facultad de Geológicas. En 1978 fue nominado como miembro numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Esta nueva satisfacción constituyó un reconocimiento final a su dilatada carrera científica y académica. El acto se celebró el 18 de Enero de 1978. Fue presentado por D. Manuel Alía y el discurso de ingreso, con el título: «Métodos y resultados de la investigación paleontológica», lo dedicó a mostrar la capacidad de la Paleontología como Ciencia empírica, capaz de aportar explicaciones y predicciones científicas y de elaborar y proponer enunciados hipotético-deductivos dentro de los postulados del Positivismo lógico. El texto del discurso quedaba bastante por delante de muchos textos

anteriores, de claro corte inductivista, y se integraba claramente en una visión moderna de la Paleobiología: El análisis paleoecológico y morfológico-funcional. La contestación corrió a cargo de D. Salustio Alvarado, maestro y amigo personal suyo, quien hizo una emotiva semblanza personal y profesional del recién investido académico.

En Enero de 1982 le llegaba la edad de la Jubilación. En una cena de homenaje su amigo D. José M^a Fúster lamentaba la indiferencia de la Administración, que hacía llegar una carta al funcionario indicando taxativamente que a partir de esa fecha cesaba en sus labores docentes a todos los efectos, etc. D. Bermudo culminó el curso académico hasta Junio, recibiendo entonces el afectuoso homenaje de sus alumnos, que le regalaron una placa conmemorativa, en agradecimiento por su dedicación. Este hecho le permitió aproximarse y guardar un grato recuerdo de las últimas generaciones de alumnos. Su última lección magistral la impartió en el Salón de Actos de la Facultad de Geológicas. La lección trató de la problemática paleontológica de las crisis y las extinciones biológicas. A esta clase asistieron varios cientos de personas, entre alumnos, compañeros y antiguos discípulos suyos que abarrotaban el aula. La sesión terminó con una ovación que se prolongó durante varios minutos y que constituyó un cálido homenaje de generaciones de geólogos y biólogos al maestro.

Con la jubilación llegaron las menciones y distinciones honoríficas. Ese mismo año recibió la medalla de oro de la Universidad por sus servicios durante cuarenta años, treinta y tres como catedrático de la Universidad Complutense. En 1983 pasó a ocupar el cargo de Vicesecondario de la Real Academia de Ciencias. En 1984 y 1985 recibió los nombramientos honorarios de la Universidad de Tucumán y de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba respectivamente, ya mencionados. La investidura de ambos cargos honoríficos tuvo lugar en Madrid: El primero en el Salón de Grados de la Facultad de Geológicas, por el Decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Tucumán. El segundo, en la sede de la Real Academia de Ciencias, por el secretario de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, quien le hizo entrega solemne del diploma. También en 1985 fue propuesto como Doctor vinculado del Instituto de Geología Económica del Consejo y como Socio Straniero de la Academia Nazionale dei Lincei, de Roma. En 1987 fue nombrado Doctor Honoris causa por la Universidad de Alcalá de Henares. La investidura tuvo lugar un día de 1988 en esta universidad, en un acto entrañable al que acudieron sus familiares más directos y numerosos miembros del departamento y alumnos suyos.

A lo largo de las dos últimas décadas ha tenido la satisfacción de ver crecer su numerosa familia con una amplia prole de nietos y de ver a todos sus hijos pasar con éxito por la Universidad, siete de ellos por Geológicas o Biológicas,

siguiendo la imborrable huella dejada por sus padres, y dos hijas por el camino de la Literatura y la Filología. La mayoría de los hijos, también, ejercen la docencia en los distintos ámbitos de la Enseñanza Media y Superior. Cinco de sus hijos pasaron el Doctorado en distintas especialidades de la Geología y la Biología y cuatro de ellos son en la actualidad profesores en distintas universidades.

En el ámbito de la Academia de Ciencias ha desarrollado una labor intensa y continuada, principalmente en el seno de la Comisión de léxico. Dentro de ella ha contribuido al desarrollo y ampliación del glosario de términos científicos, con numerosas voces procedentes de la Geología y la Paleontología, teniendo que defender en diversas ocasiones algunos términos y usos de la nomenclatura a veces en condiciones adversas, introduciendo en ocasiones términos nuevos procedentes de la Tafonomía, etc. En los últimos años ha sido invitado a impartir numerosas conferencias y cursos en los ámbitos más diversos. Durante varios años mantuvo la docencia de Geología general en una Universidad privada. Hasta una fecha reciente, casi a la edad de Ochenta años, ha continuado su labor docente en la Universidad Complutense, impartiendo un curso de Doctorado sobre Paleocnología. En la actualidad, retirado de la actividad docente, sigue con el mismo entusiasmo su actividad como académico y la revisión de los primeros volúmenes del Tratado y la culminación del de Paleobotánica. Su actividad no es quizás tan desbordante como en otros tiempos pero su trabajo no ha perdido un ápice de la precisión y la capacidad de síntesis y de resolución que siempre le han caracterizado.

Los que le conocemos de cerca y los que hemos tenido el privilegio de haber sido alumnos suyos sentimos un gran afecto y una admiración y respeto profundos hacia su persona, como maestro de la Paleontología y de la Ciencia en general, respeto y afecto de los que las contribuciones incluidas en este volumen de homenaje son una buena evidencia. Sirva este texto de reconocimiento a un personaje clave de la Historia de la Geología y Paleontología española.

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi agradecimiento desde aquí a todas las personas, amigos y familiares, que han hecho posible la realización de esta reseña mediante la aportación de datos históricos y biográficos. Deseo agradecer igualmente la labor de los dos correctores, que han contribuido a mejorar sustancialmente el texto mediante la aportación de numerosas sugerencias y precisiones. El artículo está dedicado a la figura de D. Bermudo Meléndez y, por supuesto a la de su esposa D.^ª Isabel Hevia. Cualquier error o imprecisión en el mismo son responsabilidad exclusiva del autor.

Recibido el día 21 de Marzo de 1994

Aceptado el día 16 de Mayo de 1994



Figura 1.—Don Bermudo Meléndez y D.ª Isabel a la entrada de una mina asturiana en los años 50.



Figura 2.—La familia numerosa al completo durante el verano de 1963 en Gredos. En la fila de arriba, de izquierda a derecha: Enrique, Alfonso, D. Bermudo, D.ª Isabel con Margarita, de apenas un mes, en brazos, y Fernando. En la fila de abajo: Ignacio, Guillermo, Isabel, Beatriz y Nieves.



Figura 3.– Don Bermudo en su despacho de la Universidad en 1982, año de su jubilación.



Figura 4.– Don Bermudo y D.ª Isabel, el 5 de Agosto de 1993 en el monasterio de El Paular, el día de la celebración de sus bodas de oro.